

Hacia una nueva era

Por F. X. Adán de Yarza,

Comienza con vosotros una tercera Historia. Nosotros la anunciamos. Nosotros la predicamos. Vosotros la debéis, —no digo construir—, este será el trabajo de varias generaciones—, vosotros la debéis comenzar. La tierra bella en la luz del cielo. El hombre, hombre como hijo de Dios. La tierra feliz porque tiene el sol de la eternidad.

(Del Manifiesto del P. Lombardi a la Juventud Venezolana, "SIC").

En el número anterior de esta misma revista aparecieron datos suficientes para conocer la figura singular del P. Lombardi.

El P. Lombardi trae un mensaje para el mundo. Un mensaje divino avalado para nosotros los católicos por la autoridad de la figura máxima de nuestro catolicismo, Su Santidad el Papa, que personalmente impulsó e impulsa al P. Lombardi a esta Cruzada, dándole la certeza de su misión celeste.

Su mensaje en resumen es éste: Los hombres han querido trazar su Historia al margen de Dios, y Dios ha permitido que esta tentativa para encontrar la felicidad en un mundo material fracase estrepitosamente... Este fracaso ha preparado el terreno para que ahora la Humanidad busque ansiosa a Dios. "Una nueva era comienza, —este es mi mensaje—, la era de Dios, la era de Jesús..."

Para nosotros, repito, los que practicamos una devoción sumisa a nuestro Pastor Supremo, nos basta saber al P. Lombardi "vocero del Papa", para creerle.

Pero hay otros motivos que pesan quizás más en nuestro ambiente.

Y es el primero la personalidad misma del P. Lombardi. Con un tono que muestra a la vez la sencillez del hombre de Dios, y la firmeza de sus

convicciones, ha lanzado, sin que nadie pueda rebatirle, la afirmación que asombra:

“Creo que poquísimos en el mundo, tal vez nadie en toda la historia del mundo, habló en tantas naciones del mundo como he hablado yo. Dios quiso así. Yo conozco mucho el mundo. Yo sé la reacción de la Humanidad a las ideas, porque he predicado en tantas plazas como tal vez nadie en la Historia”.

(Del Manifiesto a la Juventud Venezolana).

Y es verdad. Un simple recorrido sobre el artículo citado de nuestro número anterior nos confirma este aserto. Italia. Alemania, Francia, Suiza, Canadá, América del Norte y del Sur...y en cada sitio multitud de veces y ante auditorios los más diversos, que abarcan a todas las clases de la sociedad.

Y, en todas partes ha despertado su mensaje el mismo entusiasmo creciente. Concentraciones de multitudes que iban subiendo por millares hasta llegar a los 500.000 de Italia. Y en todas partes demostraciones en todos de adhesión a sus ideas, como expresión de algo que todos sienten hace tiempo.

Y es el mismo P. Lombardi que ha hecho la afirmación transcrita un poco más arriba, quien añade a continuación:

“...Hay en el mundo un sentido inmenso del fracaso. Esta historia humanista fracasa. ¿Y sabéis por qué fracasa? Fracasa precisamente en el problema de la felicidad humana sin Dios.”

(Ibidem)

Pero hemos encontrado otros testimonios que corroboran a nuestro modo de ver la tesis del P. Lombardi. Vamos a entresacar algunas ideas de un discurso tenido por el Sr. Thomas E. Murray, Miembro de la Comisión de la Energía Atómica en los EE.UU., ante la Asamblea de la “American Institute of Chemical Engineers” en Atlantic City, New Jersey, en diciembre pasado.

Y ante todo, como proemio a su discurso, encadena dos ideas que no sé si a todos se les hubiera ocurrido juntar. Afirma haber pasado ya dos años en la valorización de las investigaciones sobre la técnica atómica y añade: **“El tiempo que tales valorizaciones exigen, inevitablemente le lleva a uno a pensar sobre Dios y el átomo y sobre cómo deben ordenarse, tanto nuestra sociedad como nuestras vidas, en esta era atómica”.**

Y a continuación viene el mismo planteamiento del problema que el P. Lombardi; el reconocimiento del fracaso de nuestro mundo por el olvido de Dios y la confianza en nuestra ciencia.

“Estoy convencido de que muchas de nuestras quejas del presente se dirigen a cosas que hemos hecho nosotros mismos; cosas que serían diferentes con solo que nos decidiéramos a que-

rerlo así. El mundo continúa sembrando guerras y recogiendo calamidades. Cuando las guerras amenazan venir o llegan, nos quejamos amargamente. Pero vivimos y pensamos cosas que son causa de descontento, desconfianza y temor. Comerciamos con mala voluntad y odio. Violamos sin ningún reparo las leyes del Creador, ¡y después recurrimos a la bomba atómica para que nos salve de nuerta tontería!"

Y reconociendo un bien innegable a la bomba atómica al haber alejado hasta el presente la guerra; y los beneficios reportados por los adelantos científicos insiste:

"Los hombres de ciencia han puesto en la mano del hombre un poder que empequeñece hasta la imaginación del que hizo posible el cuento de la lámpara de Aladino. Si los descubrimientos de la química, las máquinas y la energía atómica fueran todo lo que se necesita para hacer a los hombres felices, nuestra tierra sería un paraíso. Y, sin embargo, a pesar de todo nuestro poder sobre la naturaleza, no hay ningún padre que mientras está cómodamente sentado en la butaca de su hogar, reflexionando sobre el bienestar de su familia, no sienta algunos momentos de angustia al pensar, siquiera sea momentáneamente, sobre los bombardeos atómicos".

Con el conocimiento de un testigo presencial hace el Sr. Murray una magistral descripción de una explosión atómica, y anuncia un porvenir optimista en la aplicación de esta ciencia. Pero su auditorio sabe bastante sobre las posibilidades de la energía atómica y la ciencia moderna. El quiere fijarse en otro aspecto, sus limitaciones...

"La limitación más evidente establece un contraste entre dos clases de control: el control sobre la materia y el control sobre el hombre. La ciencia que puede dar al hombre dominio sobre la materia, puede fracasar en dar al hombre dominio sobre sí mismo.

También puede decirse que la ciencia no llega nunca a finales. Se convierte en un proceso de triturar a los átomos y de triturar después indefinidamente a las partes en que se rompen los átomos. Por consiguiente nunca llega a aquella última partícula que es este lado de la nada. "Explica" la materia, simplemente, dividiéndola en partículas subatómicas, cada vez más pequeñas; electrones y protones ayer; neutrinos y mesones mañana. Aunque explica mucho, podemos decir que en un sentido está siempre aplazando la explicación. Está siempre aplazando la razón última; el elemento por la molécula; la molécula por el átomo; el átomo por el núcleo; el núcleo por el "sólo el buen Dios lo sabe".

...Pero a la vez que progresamos sin cesar en el conocimiento de las partes divididas, esto no nos contesta nunca a preguntas tan fundamentales como las de: ¿qué es el hombre? ¿Cuál es su destino? ¿Quién es Dios?

Pero sobre todo —resumimos— la ciencia no puede reducir a sus procesos la religión y la filosofía. Y estos son los factores que influyen en definitiva en la voluntad del hombre, para el bien o para el mal. Ahora bien, todos estos prodigiosos inventos se convierten en peligro enorme en manos de hombres depravados. De donde al fin desemboca en la afirmación siguiente:

“La crisis con la que nos enfrentamos hoy, procede de la avaricia de los hombres y su ambición de poder, con desprecio de la conciencia. La responsabilidad de la crisis proviene de la negativa del hombre a someter su comportamiento a la razón y al Dios de la razón”.

Existen aún quienes hacen de la ciencia un Dios,

“Y, sin embargo, porque este mundo no es un echado de la casualidad en la mesa de juego del espacio; precisamente porque todas las cosas que son fueron hechas por Dios, la atención del hombre no debe estar tan enfocada sobre la ciencia, que deje de lado a la religión y la filosofía, que pueden dirigir nuestras vidas de acuerdo con la recta razón y la caridad. Muchos de los hechos científicos que hoy conocemos, hace muy poco tiempo eran tan sólo conocidos de nuestro Creador. Esto en sí es suficiente para que el hombre se humille”.

Se nos hace imprescindible buscar a Dios,

“La vida y la cultura precisan de la ciencia moderna. Pero precisan aún más de las cualidades que hacen la vida agradable y humana. Hay momentos en que cada uno de nosotros tiene que elevar el pensamiento no solamente sobre el torbellino de la materia, sino también sobre la vida de las plantas y de la animalidad. El hombre necesita apreciar por qué vive y ama, ha de ponerse en contacto con cosas por las que ha de vivir, y hasta por las que ha de morir.

Las resplandecientes galaxias y los vertiginosos circuitos dentro del átomo, no son —a pesar de su realidad— cosas por las que el hombre pueda vivir o esté dispuesto a morir.

No olvidemos nunca que habremos adquirido nuestra conquista de la materia a un precio excesivamente alto si nos roba aquella humildad por la que nos es posible observar en cada majestuoso descendimiento científico los caminos y las leyes marcadas por el Divino Arquitecto”.

Así, pues, hemos llegado, conducidos por uno de los investigadores de la ciencia más adelantada de nuestro siglo, a la misma conclusión que el P. Lombardi sacaba de las plazas del mundo: Es preciso volver a Dios.

Aún nos queda otro testimonio. Prescindimos ahora de los antecedentes personales de quien lo sustenta, de la sinceridad de todas sus expre-

siones u otras salvedades que pudieran hacerse. Sólo nos interesa el hecho apologético de que tales expresiones hayan llegado a pronunciarse públicamente por un hombre de tal representación e influencia política en el mundo. Nos referimos al discurso del Presidente Truman ante una reunión de representantes de las iglesias de los EE. UU., a fines del año pasado.

La primera parte del discurso es una pública confesión del poder y Providencia de Dios y la influencia de los factores en la historia de los EE. UU. De ello deduce las obligaciones de la nación americana, de las cuales mencionaremos tan sólo por notable la de velar por un orden moral en el mundo conforme a los principios del Evangelio. Y añade:

“Hoy nuestro problema no es solamente preservar nuestra herencia en nuestras vidas y en nuestro país. Es el preservar la civilización mundial, en la que puede sobrevivir la creencia en Dios. Sólo en un mundo así podrá nuestro pueblo seguir sus tradiciones fundamentales y realizar para todos nuestros ciudadanos la promesa de una vida mejor.

...He aquí un gran problema con el que tenemos que encararnos. No podemos ceder al comunismo soviético sin traicionar los ideales en que vivimos. No podemos tener una nueva guerra mundial sin torpedear nuestra civilización.

En este dilema peligroso, nuestra mayor fuente de fuerza, nuestra mayor esperanza de victoria está en Dios, a quien reconocemos como el Señor de todos. Recurrimos a la fe en El para que nos dé la fuerza y la prudencia de hacer su voluntad. Le pedimos que nos guíe y nos libre de los peligros de los tiempos presentes hacia los caminos de la paz”.

Y como conclusión se extiende sobre la necesidad de unión de todos los creyentes para salvar el mundo en crisis de sus valores más fundamentales.

Creemos que basta para nuestro intento. Constatamos un hecho. Las viejas barreras de prejuicios se van derrumbando. La sociedad confiesa cada vez más abiertamente su sed de Dios. En adelante no se podrá prescindir de El. Suenan a huera y ridículas las sonoras frases de nuestros mayores que creían llegado el momento de prescindir de Dios en nombre de la ciencia.

El mundo reconoce su fracaso, y vuelve humilde a su Dios que lo espera paciente y bueno. Y ese retorno comienza precisamente por aquellos que primero se alejaron: los sabios y los políticos de neta. El ateísmo que antes se creía privilegio y distinción de las clases altas, comienza a desmoronarse precisamente por quienes lo acreditaban; mientras, por contraste, la masa humilde que ellos des Cristianizaron recibe ahora la triste herencia de ese ateísmo estéril y destructor y se vuelve contra sus maestros y directores.

Queremos terminar como comenzamos, con una cita del P. Lombardi que nos puede hacer meditar. En su mensaje a la intelectualidad ecuatoriana afirmó:

“No vayamos detrás de la Historia. Os he de hablar con sinceridad. El laicismo que he encontrado en el Ecuador, es un laicismo de hace 50 años”.

¿No creen nuestros lectores que a nosotros los centroamericanos se nos podrian dirigir las mismas palabras?

No nos empeñemos, pues, en caminar siempre a la zaga de la Historia mundial...

